

A través del espejo

Libros y algo sobre un cuadro

Hugo Hiriart

1. Dos filosas notas, relacionadas entre sí, sobre adquisición y lectura de libros del gran Schopenhauer. La primera dice así: “Comprar libros sería una buena cosa si tan sólo se pudiera comprar también tiempo para leerlos”.

Sí, claro, compramos siempre más libros que los que da tiempo de leer, y en el camino, por la cola que tienen que hacer los libros, con frecuencia perdemos el interés en el que habíamos comprado con entusiasmo y ahí se queda en los estantes, sin leer. De esa manera nos vamos llenando de libros que no nos decidimos a tirar. El único remedio, creo, está en el método del equilibrio, doloroso, pero eficaz, que propone Zaid. Consiste en establecer esta sola regla: “Si entra a mi casa un nuevo libro, tiene que salir de ella un libro viejo”.

Asumo que nuestra biblioteca es, como juzgaba mi maestro Gaos, “una colección de proyectos de lectura”. Esto es, básicamente de libros no leídos o leídos pero no releídos, como se antoja de tantos volúmenes.

La segunda nota de Schopenhauer es ésta: “El arte de no leer es muy importante.

Consiste en no dirigir nuestro interés hacia aquello que en un momento dado atrae la atención del público general. Cuando algún panfleto político o eclesiástico [o una nerviosa novelilla *best-seller* que anda haciendo furor, diríamos ahora], o un poema [*sic*, envidiables tiempos de Schopenhauer en los que un poema podía llamar poderosamente la atención del gran público] llama mucho la atención de la mayoría, debes recordar que aquel que escribe para tontos hallará siempre público abundante. Una precondition de leer buenos libros es no prestar atención a los malos libros. Porque la vida es corta”.

2. Olvidamos casi todo lo que leemos, ¿no es cierto? Es cierto, pero tengamos presente esto que nos recuerda Lichtenberg: “Olvido casi todo lo que he leído, justamente como olvido casi todo lo que he comido, pero yo sé que no por eso ambos contribuyen menos, cada uno de ellos, a la conservación de mi mente y de mi cuerpo”.

3. Y otro juicio sobre libros de Lichtenberg: “Un libro es un espejo. Cuando es un

mono el que se mira, no puede reflejar la cara de un apóstol”.

Y, ahora, la pintura. Esta breve y aleccionadora historia sobre pintura moderna, la cuenta Jean Paulhan:

“Le mostré a Braque un falso Braque, falso, pero muy bien imitado en todo, hasta en la firma. Él lo vio y con un gesto observó:

—Los colores están bien: ni este azul ni este violeta son engañosos, son mis colores.

—Sin duda.

—¿Cree usted que yo no soy capaz de pintar un falso Braque? —preguntó el maestro.

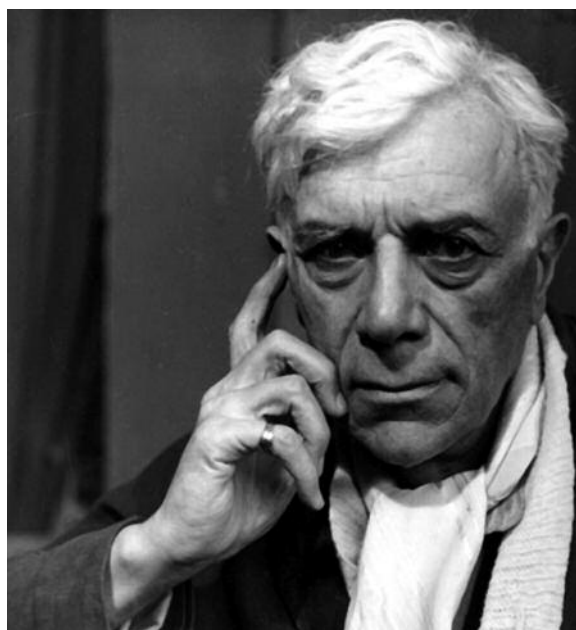
—¿Por qué no?

—Este cuadro es todo lo contrario de un Braque.

—¿Por qué?

—Se lo diré en una palabra, porque el cuadro es hermoso.

El mismo argumento, “es demasiado hermoso”, se ha usado para demostrar falsedad de unos dibujos del gran Poussin. La belleza como defecto. ¿Cuál sería la moraleja estética de este tipo de juicios? **U**



Georges Braque



Georges Braque, *El artista y la modelo*, 1939